

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto	\$ 0,02
Atrasado	0,03
Serie de 10 Nros.	0,20
Suscripción anual	1,50
id por trimestre	0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Raúl Velásquez R.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

• ECORIENTE

AÑO IV

Villavicencio, Noviembre 6 de 1919 - Número 374

[SERIE 11

El porvenir de la Cordillera Oriental

El primer trazado

De la población incipiente de San Juanito, al Guatiquia no hay sino media hora de camino. Para que el lector se dé cuenta de lo difícil que es trazar una carretera a selva traviesa, le diré que gasté 6 días con 4 peones y que no me gustó este primer trazado; tengo que rectificarlo. En algunas partes el monte es de tal manera tupido que se trabaja días enteros sin alcanzar a ver lo que hay dos metros adelante. Después de horas y horas empleadas en abrir la trocha, de repente, cuando se espera haber limpiado un buen trecho de camino, se presenta una roca, un precipicio, un derrumbe. A volver!, a buscar en otra dirección pues, ya que no se puede seguir en esa misma. Cuantas veces perdimos así días enteros de duro trabajar!

En tres semanas de esa clase de faena dejamos el camino trazado hasta arriba de la selva a la altura de 2800". Fue la parte más trabajosa por las dificultades que a diario nos ofrecía el monte misterioso. Las anécdotas no faltaban. Los peones se manifestaron muy valientes.

EPISODIOS

Armamos el toldo en un sitio angosto, en el monte, a proximidad del agua, como a 2200" de altura. La lluvia fué casi continua.—Si para la cocina se necesita agua, para la candela sobra la lluvia. A las ocho de la noche hubo veces que no estaba lista la comida. Los peones, al rededor, se caban su ropa, charlando, burlándose del cocinero que apesar de estar lejos como para asar un

bucy ni alcanzaba a calentar el agua de panela.

Una vez estaba yo con el peon delantero, abriendo la trocha. Era una parte larga de palizadas entretrechadas. No se veía nada a un metro adelante. El machetero cortaba con furor los bejucos, las raíces, mientras miraba yo por todas partes, arriba, abajo, tratando de adivinar lo que escondía tanto monte: «No más, amigo, no podemos seguir en esta dirección; demos aquí una vuelta.» Providencia de Dios!: estábamos ENCIMA de un precipicio de unos veinte metros y cortando las raíces prendidas en las grietas de la roca. ¡Qué bajada y caída al cortar las últimas!!—Más tarde, iba conmigo otro peon de los más guapos, de repente, este desapareció en una capa altísima de musgo!

Cuando se encontraban las cuevas formadas por las raíces adventicias de los enormes gaques o cauchos de tierras frías, ahí era el gusto. Tan oscuras se presentaban aquellas que una vez el peon me dijo: «Pero Padre, hay que encender la vela.—No, hombre, abra la ventana, allí frente a la puerta, línea recta.» Al volver por la noche al toldo, decía ese a sus compañeros. "Se me caían los brazos de pura flojera y desaliento, pero había que seguir sin más remedio."

El toldo, bastante capaz y de muy buena clase resistió perfectamente los aguaceros y las goteras pesadas de los árboles. Estaba propio para alojar a 12 peones. Unas noches tuvimos que apretarnos como sardinas, pues era necesario acomodar de un modo bien incómodo a 17 trabajadores; fuera del agua como

diluvio.

DE LA ORGANIZACION DEL TRABAJO

No podíamos trabajar sino durante 7 u ocho horas diarias: por la pérdida de tiempo en ir y volver, la media hora de descanso para almorzar y el cuarto de hora para el puntal.

En unas partes había como tres o cuatro capas de árboles caídos. Se nota que fueron derrumbes antiguos, sucesivos. Las lagunas numerosas del páramo filtran por debajo de las rocas y a la larga ablandan las capas inferiores que se deslizan con monte y todo en partes donde no se ve ni muestra de humedad; allí un buen peon no puede abrir más de 10 cuadradas de trocha y eso sin descansar un instante. Pocos resisten el trabajo de la peinilla todo el día, se les abre la mano, ordinariamente cambian de oficio después de almorzar.

La disposición de los trabajadores era la siguiente: delante conmigo, el que maneja la peinilla. A mí me tocaba el oficio de la ardilla, oficio detestable con botas que resaban en los troncos y palizadas, pero de gran efecto para medir el camino.... con su cuerpo aunque con mal gusto. Tenía que seguir al hombre pie con pie, so pena de no conseguir ni por cinco metros, la pendiente suave de la carretera. Mientras trozaba palos y palizadas pues, me era forzoso y de cualquier modo, pasar adelante para ver lo que se presentara. Detrás de nuestro grupo venían los macheteros, en seguida los hacheros. Así la trocha quedaba despejada de dos a tres metros y al volver al campamento se recorría en un cuarto de hora, el espacio que habíamos